

Mi casa en la playa

Estaba escogiendo su nueva casa de la playa, al fin, podía permitirse su propia vivienda. Era un momento dulce, había visto más de cincuenta. Todas en primera línea de playa, todas eran un chalé o planta baja con jardín.

Comenzó otra vez en primavera –después del parón de invierno, harto de ver casas que no le gustaban– la búsqueda de una casa. Se acercó a ver la primera con toda su familia. Cogieron el coche y recorrieron los cuatrocientos kilómetros. Hicieron una parada y se tomaron unos bocadillos. Continuaron hablando de lo pequeñas, grandes, bonitas, feas, viejas, nuevas y un millón de cosas más de ellas. Al llegar, aparcaron el coche en el primer hueco que encontraron, salieron eufóricos y al estirar las piernas observaron la calle principal, tenía de todo. Los edificios eran setenteros y el piso estaba en la sexta planta lo que le decepcionó mucho. Al asomarse por las ventanas descubrieron que las vistas a la playa correspondían a un estrecho hueco entre varios edificios que tenían delante, ¡fue decepcionante!

Una hora después se acercaron a la segunda, era un adosado, una casa más grande enfrente le tapaba la vista de la playa y al subir al dormitorio escuchó la pelea de los vecinos. Todos hicieron muecas de preocupación y la descartó. Quince minutos más tarde fueron a ver la tercera, esta tenía mejores vistas, era un bajo en una urbanización y la playa la tenía a cincuenta metros. Las vistas eran impresionantes como su precio. Al ir a ver la cuarta se sintió triste, los demás se habían ido a bañar pues el tiempo acompañaba, se había quedado solo.

Pero fue esta la que le hizo tilín. Era una edificación de los años cuarenta, de dos plantas, parecía hecha por los mismos dueños. Austera, de líneas rectas, un jardín trasero de cien metros y una entrada de cincuenta. La puerta de la entrada tenía dos columnas de un metro de altura, cada una sujetaba unas bolas grandes rojas. Las columnas se unían a otras columnas esquineras por ladrillos que dibujaban una flor y donde habitaban lagartijas. Quería firmar ya las escrituras, estaba emocionado. En una semana habían arreglado toda la documentación. Ya tenía casa en la playa.

Regresaron todos a Quintanilla de Arriba. Estaban contentos con la casa, era muy sencilla, había que mejorar las ventanas y el suelo. Pero Luis se sentía contento, los veranos los

pasaría siempre en la playa, tranquilo en el porche escuchando las olas romper en las rocas.

Al llegar el verano bajó a la playa, habló con el albañil para colocar ventanas nuevas que había encargado de perfil negro, oscilobatientes y de climalit –a pesar del duro golpe a su cartera–, puso la puerta de la calle del mismo material, pintó la casa y puso tarima en la planta alta donde estaba el dormitorio y otra habitación, quedó un pequeño recinto que utilizaría como salita. A esta le quitó un trozo para colocar un baño completo con ducha. Tendría un baño en cada planta. Instaló, para estar más cómodo, dos aires acondicionados, uno para cada planta y cambió la cocina con un fuego más moderno; los muebles los mandó a limpiar muy bien porque le habían gustado.

Abandonó el hotel en la segunda semana de sus vacaciones, la casa estaba lista y ya no olía a pintura. Levantó la manilla que mantenía cerrada la puerta de la entrada y se acercó con la llave en mano hacia la puerta principal, la introdujo y al girarla, se sintió como Dios. Las cortinas azules del salón le traían el mar a la casa. Los colores claros de los muebles pequeños pero cómodos le invitaban a entrar. Empujó la puerta y pasó a la cocina, se sirvió algo de beber y dijo: «Al fin solo».

De madrugada sonó el timbre de la puerta, se levantó confundido, pensó que serían unos borrachos, se asomó por la ventana de la salita y se quedó tieso: era su familia.

Pasó el verano con la familia, luego con los amigos, después aparecieron los sobrinos y sus parejas, sin palabras se quedó al ver con una sonrisa al vecino que siempre tenía detalles con sus padres; ni que hablar que también vinieron los huérfanos –que tienen derecho a las vacaciones– y así, pasó el verano en su casa, a la que bautizó como Quintanilla salá.